

“Evangelizar” según el Evangelio

Comentario bíblico a los nn. 6-16 de la “*Evangelii Nuntiandi*”

Rafael Ortega, C. M.

Profesor de Biblia en el Instituto Pastoral del CELAM

Al final de la Asamblea sinodal de 1974, reunida en Roma, la Declaración final de los Padres Sinodales afirmaba: “Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la *misión esencial* de la Iglesia”. En su Exhortación *Evangelii Nuntiandi* Pablo VI recoge “con gran gozo y consuelo... estas luminosas palabras”. Y a renglón seguido las glosa y profundiza diciendo: “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y *vocación propia* de la Iglesia, su *identidad más profunda*. Ella existe para evangelizar...” (n. 14).

En este tiempo de interesante, aunque a veces equívoco, pluralismo teológico en que desde diversos ángulos se presentan diversas eclesiologías, tratando de definir la identidad y razón de ser de la Iglesia, cabe subrayar algo muy tradicional, pero enfatizado lapidariamente por el Magisterio ordinario: *lo esencial, la vocación propia, la identidad, la existencia* de la Iglesia, es decir, aquello por lo cual el Pueblo de Dios como comunidad histórica se distingue de las demás sociedades históricas y lo especifica no es predicarse a sí misma, ni aislarse sacramentalmente ante el mundo y sus problemas humanos, ni fomentar diversos tipos de estructuras internas o externas a ella... sino *evangelizar*. Este es el objetivo, la misión y la razón de ser de la Iglesia toda. El resto, por muy importante que sea, no pertenece fundamentalmente a su identidad. Podrá ser una expresión de marco cultural histórico, etc., pero no su razón de ser.

Pero, ¿qué es “evangelizar”? Da la impresión de que hemos hecho poco esfuerzo por comprender toda la dimensión bíblico-evangélica de este vocablo. Porque la palabra “evangelizar” pasó a ser, para muchos, simple sinónimo de “predicar”, y ésta, privada igualmente de todo el contenido de “proclamación” bíblica (*kerygma*), ha terminado siendo un paralelo de “hablar”, “gritar”, “anunciar” de palabra una “doctrina” que ¡ojalá no haya sido simplemente una “ideología”, aunque cristiana! No que el Evangelio no incluya también una ideología; pero es mucho más que palabras, verdades, ideas y doctrina.

Parece que nos estamos habituando, sobre todo a partir del último Sínodo mundial de los Obispos en el año 1974, a entender la evangelización a partir de lo que dicen los teólogos, los pastoralistas, los episcopados, incluso la misma Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, pero son pocos los que acuden al mismo Jesús y a los Evangelios para ver lo que en su vida, en su boca y en su pluma significaba “evangelizar”.

Por ello quiero dedicar unas líneas, sin excesivo aparato científico-exegético, a sugerir algunas de las muchas profundas a la vez que sencillas riquezas, como todo lo evangélico, ocultas en las mismas palabras bíblicas neotestamentarias referentes a la "evangelización". Recurriendo al hontanar mismo del Evangelio, que es Cristo, evitaremos muchos extremismos y equívocos que nos desvían del más genuino significado de lo evangélico. Esto es tanto más importante porque el Evangelio es el gozne sobre el que gira la praxis y la doctrina de la vida cristiana. Esto sin añadir la influencia que un punto como éste puede ejercer en toda teología y muy en particular en la de Latino América de hoy.

Ya el mismo Pablo VI, en su Exhortación, ascendiendo a las mismas fuentes, reconoce que no es fácil hacer un estudio completo sobre este punto. Pero merece la pena que, con su orientación por delante, hagamos un esfuerzo por realizarlo. Este es el esfuerzo de las líneas que siguen.

Resumiendo, en síntesis apretada, algunas afirmaciones de Pablo VI relacionadas con nuestro tema, presentaríamos sus orientaciones siguientes, con un subrayado mío:

—“*Evangelizar*”: ¿Qué significado ha tenido esta palabra para Cristo? Ciertamente no es fácil expresar en una síntesis completa el sentido, el contenido, las formas de evangelización tal como Jesús lo concibió y puso en práctica. Por otra parte esta síntesis nunca podrá ser concluida. Bástenos recordar aquí algunos aspectos” (EN n. 7).

—“Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el Reino de Dios; tan importante que, en relación con él, todo se convierte en “lo demás”, que es dado por añadidura. *Solamente el Reino es, pues, absoluto y todo el resto es relativo*” (EN n. 8).

—“Como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia la *salvación*, ese don de Dios que es *liberación de todo lo que oprime al hombre*, pero que es sobre todo liberación del pecado” (EN n. 9).

—“Cristo llevó a cabo esta proclamación del Reino de Dios, mediante la predicación infatigable de una *palabra*..., pero él realiza también esta proclamación de la salvación por medio de *innumerables signos* que provocan estupor en las muchedumbres” (EN n. 11 y 12).

En realidad un estudio de los textos bíblicos nos lleva a comprender con mayor profundidad lo que pudo significar esta palabra “evangelizar” para el mismo Cristo o, si se quiere, mejor, para Jesús de Nazaret o el mismo Jesús prepascual.

1. “Evangelizar” es proclamar el “Reino de Dios”

Jesús no vino propiamente a predicarse a sí mismo, aunque por ser él la presencia de Dios en persona también se anunció como primicias de la realización existencial del Reino. Ni tampoco vino a predicar directamente la Iglesia que, en definitiva, no será sino una expresión terrestre del mismo Reino de Dios. Lo que en realidad pregonó (el kerygma) el Jesús históri-

co, el auténtico anuncio de su Buena Noticia (eu-angelion) fue el "Reino de Dios", o el "Reino de los Cielos" que dirá Mateo¹.

En esto coinciden plenamente los Sinópticos: El objeto de la evangelización es el Reino de Dios (se utilizan expresiones como estas: "evangelizar el Reino de Dios" o "el evangelio del Reino"), es decir, el evangelio es el mismo Reino. De donde podríamos hacer este paralelismo: El pregón o "kerygma" es el "evangelio" y éste se identifica con el "Reino de Dios". Veamos algunos ejemplos:

- Mt 4,23 : "Proclamando (Jesús) el evangelio del Reino".
- 9,35 : "Proclamando (Jesús) el evangelio del Reino".
- Mc 1,14s : "Proclamando (Jesús) el evangelio de Dios y diciendo: el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el evangelio".
- 16,15 : "Proclamad el evangelio a toda creatura".
- Lc 4,43 : "Tengo que evangelizar el Reino de Dios".
- 8,1 : "Proclamando y evangelizando (Jesús) el Reino de Dios".
- 9,60 : "Tú ve a evangelizar el Reino de Dios".
- 16,16 : "Después (de Juan) el Reino de Dios es evangelizado".

2. El "Reino de Dios" es la "liberación total"

Jesús anunció e inició la etapa última de la humanidad hacia el proceso a la libertad, entendida como realización plena del hombre. Cuando Pablo VI dice que Jesús anunció la "salvación", explícita y desespiritualiza esta palabra añadiendo que es la "liberación de todo lo que oprime al hombre" (EN n. 9), evitando así el angelismo desencarnado y trascendental con que tantas veces se ha tomado.

Pero la afirmación del Papa no es un simple tributo a la moda de la actualidad —aunque como telón de fondo se trasluce la obsesión de posibles desviaciones en la teología de la liberación—, sino el contenido mismo de la expresión "Reino de Dios" en el mundo bíblico. A esta conclusión nos lleva el estudio de la realidad del "Reino" tal como se entendía en la época de Jesús en su triple dimensión profética, mesiánica y escatológica:

Para los profetas, entusiasmados por el ideal máximo y casi utópico de la *Teocracia*, el objetivo religioso-político no era simplemente la supresión de la opresión socio-política-económica interna o externa, era ante todo una visión más amplia y trascendente en virtud de la cual Dios impondría su dominio salvífico en Israel y en el mundo entero, superando la impotencia de los intermediarios (reyes, jueces, instituciones, etc.) para salvar a los pobres y estableciendo "un reino clara e inequívocamente entendido como salvación universal, como suma y esencia de la vida, de la felicidad y de la ale-

¹ La palabra "reino" y derivados, sale 138 veces en los Evangelios; 90 veces en boca del mismo Jesús, lo que resulta elocuentemente significativo.

gría para los hombres... El reinado de Dios es la promesa de la grande y definitiva felicidad, la consumación del mundo y del hombre"².

Pero esta visión profética del Reinado de Dios está íntimamente ligada al concepto mismo de *mesianismo*: es decir, para los profetas será un Ungido por la fuerza del espíritu de Dios, un Mesías, quien con sabiduría y fortaleza "juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra... y serán vecinos el lobo y el cordero" (cfr. Is 11, 1-9). La presencia de Dios en su pueblo, a través del Emanuel, como sucesor de la casa de David (cfr. 2S 7, 5-16), llevará consigo la transformación de la historia en un mundo nuevo en el que el mal será erradicado en todas sus líneas, desde el egoísmo pecaminoso que crea —para hacerse más rentable— instituciones injustas y opresoras hasta las situaciones biológico-cósmicas que acaban con el hombre. Previendo al Mesías Libertador, evangeliza un discípulo de Isaías (35, 4-7), diciendo: "¡Animo, no temáis! Mirad que viene vuestro Dios... vendrá y os salvará. Entonces se despejarán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán; entonces saltará el cojo como el ciervo y la lengua del mundo lanzará gritos de júbilo. Pues brotarán aguas en el desierto y torrentes en la estepa..."

Y la apocalíptica judía del tiempo de Jesús, impregnada del sentido de la Teocracia y del Mesianismo, da también al "Reino de Dios" una dimensión *escatológica* con la que se vislumbra la vuelta de la humanidad al paraíso perdido donde, como cantará más tarde el Apocalipsis (21, 4), se "enjugará toda lágrima, y ya no habrá muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado ya".

Como puede observarse, este concepto de "Reino de Dios" dista mucho de una ingenua y reduccionista presentación de la salvación traída por Cristo, como si fuera de un orden meramente "espiritual", trascendente y extramundano, que agradaría a cierto tipo de "pietismo angelical", o solamente socio-política-económica, immanente e intramundana, que aplaudirían los miopés marxistas. "Reino de Dios" para el hombre bíblico es sinónimo de "liberación total" o, lo que es lo mismo, de "Salvación", también "total".

3. "Evangelizar" es dar una buena noticia a los pobres

El hecho de que el objeto de la evangelización, sea el "Reino de Dios" o se identifique con él, nos indica con toda claridad que "evangelizar" es realizar este Reino. A esta misma conclusión nos lleva el estudio de los pocos versículos en los que los evangelistas ponen en boca del Jesús histórico la palabra "evangelio" o "evangelizar", aún prescindiendo de si son o no las mismísimas palabras de Jesús, pues, al menos, eso significa que los

² Cfr. J. Blank, *Jesús de Nazaret*, Madrid 1973, p. 119.

mismos testigos del Maestro interpretaron su vida y su mensaje dentro del contexto optimista de llevar la salvación o liberación plena a todo necesitado³. Analicemos algunos de estos textos:

a. *Marcos 1, 14-15* nos presenta a Jesús iniciando su ministerio en Galilea después de haber sido investido masiánicamente por el Espíritu en el Bautismo, y resume toda la actividad posterior de Jesús, en una especie de pregón-programa de toda su vida, con estas palabras:

“Pregonaba la Buena Nueva diciendo:
El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca;
concientizaos (metanocite) y creed en la Buena Noticia”.

Allá donde el pecado —que en la visión bíblica consiste en el “desconocimiento” que el “corazón” (potencia pensante en la Biblia) humano tiene de la presencia de Dios en el mundo, con su correspondiente forma de actuar en la práctica— se ha olvidado de la inmanente trascendencia de Dios en el mundo e historia, Jesús viene a recordar y anunciar que con su venida la acción salvífica de Dios se ha manifestado plenamente al mundo y, por consiguiente, hay que comenzar a pensar y actuar de otra forma, hay que convertirse, creer en la buena noticia que Jesús en persona nos trae, a saber: que Yahweh, el Dios de los padres, el Dios-con-nosotros, el Emanuel, ya está actuando para salvar y hacer justicia a los suyos, Con Jesús de Nazaret una época nueva ha comenzado: los ciegos, los cojos, los sordos, los enfermos, los hambrientos, los perseguidos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los aplastados por el peso de la opresión y del egoísmo pecaminoso, etc., van a ser consolados y vivir en el Reino de Dios, en el nuevo paraíso conquistado y realizado por Jesús. El posterior misterio pascual demostrará hasta la evidencia que incluso la muerte va a ser destruída. Tal vez por ello Mateo 5, 1-12 ampliará el programa del Reino, que Jesús instauró, con las Bienaventuranzas, glosando el lapidario pregón-programa que Jesús nos presenta según Marcos.

³ La palabra “evangelizar” y derivados se utiliza 29 veces en los Evangelios; 130 veces en el resto del Nuevo Testamento. Algunos autores han querido sugerir que tal vez haya sido S. Pablo el inventor, o al menos el teologizador, de todo lo relacionado con el “evangelio”. Pero cabe notar que los LXX utilizaron normalmente la palabra “evangelizar” para traducir el vocabulario relacionado con la raíz hebrea *bsr* que se utiliza 27 veces en el Antiguo Testamento. Por ello en nuestro estudio no hemos pretendido entrar en discusiones de crítica histórico-literaria sobre el hecho de si el mismo Jesús pre-pascual utilizó o no el vocabulario “evangelio” y derivados. Los mismos especialistas no encontrarían un consenso general. La lectura que aquí hacemos del acontecimiento “Jesús de Nazaret” está hecha a base de la significación plena que le ha dado la fe de la comunidad cristiana tal como la ha vivido y experimentado bajo el impulso del Espíritu. Como afirma Pierre Benoit (en el Prefacio de la *Synopse des Quatre Evangiles*, II, París 1972, pag. 10), “tal fórmula que no reproduce exactamente las palabras de Jesús, tal narración que describe con sencillez una acción que El hizo, resultan, de hecho, la mejor presentación posible, tal como Dios la quiso, de la manera como debo entender esta palabra y comprender esta acción a través de la fe de la Iglesia”.

b. *Lucas 4, 16-22* nos presenta, en paralelismo con el texto anterior de Marcos, una explicitación nítida del programa de Jesús, resumiendo igualmente toda su actividad terrena. El "hoy" de Jesús consiste en realizar lo que el discípulo de Isaías (61, 1-9) había prometido y pregonado como un "año jubilar" (tiempo de liberación total según la institución secular del "goelazgo" en Israel) a los pobres desterrados y esclavos en Babilonia:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió.
Me ha enviado a dar una buena noticia a los pobres:
a pregonar la liberación de los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y pregonar un año jubilar del Señor".

Hacer aquí una explicación concreta de este texto, que contiene toda la mística de Jesús, sería prolijo en demasía. Pero quiero sucumbir a la tentación de citar lo que ya en otra parte he escrito⁴:

—Jesús entiende que toda su vida es un acto de liberación, al estilo del año jubilar o de remisión (áphesis) que él inaugura.

—Esta liberación plena y total, como era la del año jubilar, donde lo material, social y religioso (liberar cautivos, curar enfermedades, pregonar la remisión de los pecados y deudas materiales) se funden en una realidad gratuita, es el que-hacer histórico, el "hoy" de Jesús.

—En el programa de Jesús la "misión", "evangelización" y "pregón" (apéstal-ken, aposteilai, euangelisthai, keryxai) tienen como objetivo, cosa que no conviene olvidar, la "remisión" o liberación total (Cfr. Dt 15,1-4; Lv 28,8-19).

—Ciertamente que la "remisión" en el contexto lucano está orientada fundamentalmente al pecado (hamartía) y por ello también la "remisión de los pecados" es el objetivo del ministerio y predicación apostólica (cfr. Lc 24,47; Hch 2,38; 5,31; 13,38), pero habrá de entenderse el pecado con todo el realismo bíblico: como la "codicia" o "rebelión", el egoísmo en virtud del cual el hombre "desconoce" la presencia de Dios en el mundo y actúa en cuanto tal, maltratando y oprimiendo de diversas formas a las creaturas de Dios y, de esta forma, ofendiéndole.

—La convivencia de Jesús, a través de su vida, con los pobres, los pequeños, los fuera de ley (cfr. Lc 5, 1ss; 17,11ss) y, en general, con los pecadores (cfr. Lc 5,30-32; 7,34ss; 15,1ss; 19,1ss), confirma con los hechos lo predicado con palabras.

—El programa de Jesús sugiere la forma o el estilo paradójico y desconcertante de la nueva liberación que él inaugura, al subrayar el aspecto positivo de optimismo, buena nueva, "año de gracia", y eliminar el aspecto cruel, negativo y acristiano, típico de la época nómada de Israel y de la ley del talión, el "día de venganza" explícito en el texto de Isaías (61,2) que acabó de leer Jesús y que Lucas omite.

c. *Lucas 7, 18-23* es otro texto (cfr. Mt. 11, 2-6) que esclarece profundamente el sentido de "evangelización" en boca de Jesús. Aquí el logión de Jesús acaba con lo que comenzaba el texto comentado en el literal

⁴ Cfr. R. Ortega, "Aporte Bíblico a la Teología de la Liberación", en *Medellín*, 2 (1975), 139-180.

anterior, haciendo así, entre ambos textos, un perfecto paréntesis inclusivo con la expresión "se evangeliza a los pobres": en Lc 4, 8 se nos dice, al comienzo, que la "buena noticia" o "evangelio" consiste en liberar, dar la vista a los ciegos, etc.; ahora, en Lc 7,22, se nos indica, al final, que lo que Jesús acaba de hacer y decir, dar la vista, el oído, la salud, resucitar muertos, etc., es "evangelizar".

Porque el texto solo es oscuro para quien no quiera entenderlo. Al último de los profetas soñadores con el ideal de la "Teocracia", Juan el Bautista, que pregunta a través de sus emisarios "¿eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?", Jesús responde categóricamente, primero con hechos —signos— y después con palabras: "Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se da a los pobres una buena noticia (euangelísthontai); y dichoso aquel que no se escandalice de mí".

Los "signos" materiales y espirituales (llamemos así con la Biblia a los milagros, tanto de orden cósmico-material, vgr. dominar la naturaleza, curar enfermedades, multiplicar panes, resucitar muertos, etc., como de orden espiritual, vgr. expulsar demonios, perdonar pecados) eran las "primicias", la buena noticia en acción de la irrupción del Reino de Dios, tal como Jesús los explicó (cfr. Lc 11, 20; Mt 12, 28). Pero ésto debió escandalizar y desconcertar a muchos antiguos y modernos: "¡Dichoso aquel que no se escandalice de mí!". Fue el mismo desconcierto que produjo el sermón de la montaña. La buena noticia que Jesús trajo a los pobres, afligidos y hambrientos, fue la promesa y realidad de sacarles de su situación de miseria, tristeza, hambre y egoísmo, dándoles los bienes plenos prometidos para los tiempos escatológicos: el Reino de Dios, el paraíso, la posesión de la tierra (cfr Lc, 20-26; Mt 5, 1-12), ya que nadie está con los pobres si no es haciendo algo para sacarles eficazmente de su pobreza. En este contexto general del Evangelio todo hace pensar que la expresión "bienaventurados los pobres" quiere decir más o menos: Dichosos vosotros, los pobres, porque vengo a anunciaros y traeros la vista, el oído, la riqueza, etc...⁵.

c. Por ello los textos sobre la "misión de los Doce" no sugieren otra cosa de lo que fue la misión del mismo Jesús (cfr. Lc 4, 18s): "Id preguntando que el Reino de Dios está cerca. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios" (Mt 10, 7; Cfr. Lc 9, 1; 10, 9-10). En la misma línea está la misión universal que el Maestro da a sus discípulos después de la resurrección: "Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda la creación... Estos son los signos que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, tomarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño;

⁵ Para un estudio más profundo de las Bienaventuranzas, cfr. J. Dupont, *Les Béatitudes, II*, "La Bonne Nouvelle", París 1969.

impondrán sus manos sobre los enfermos y se pondrán bien" (Mc 16,15-18). Después de leer ésto, ¿se podrá continuar diciendo que superar las diversas opresiones materiales no es "evangelizar" y que sólo es necesario, "conditio sine qua non", para crear el orden natural e implantar, después, la evangelización o el orden sobrenatural?

4. Sentido de "evangelizar" en la Iglesia Apostólica

La brevedad de este estudio no puede llevarnos a hacer un análisis detallado de los múltiples textos apostólicos⁶ que nos hablan de "evangelio" o "evangelizar", a pesar de la importancia que tiene tratar de comprender lo que entendieron los sucesores inmediatos del Maestro al usar estas palabras. Simplemente voy a citar dos textos claves del gran teólogo de la Iglesia Apostólica que fue San Pablo. Creo que, en definitiva, resumen y confirman lo que antes hemos dicho.

Sabemos que la carta a los Romanos es el escrito principal teológico del Apóstol. Ahora bien, el centro nuclear de ella es la "justicia" de Dios que se nos ha manifestado en Jesucristo. Pero la "justicia" de que habla San Pablo, al decir de uno de sus mejores intérpretes⁷, "no puede confundirse con lo que se llama la justicia puramente vindicativa —qua Deus punit peccatores (a la que, por lo demás, la Biblia llama "la ira de Dios")—, ni con la justicia distributiva, en virtud de la cual Dios recompensa o castiga las obras de cada uno —precisamente la que invocaban Job y los judíos contemporáneos de Pablo—, sino de una *justicia* que se podría denominar *salvífica*, por la que Dios justifica en virtud de las promesas que El mismo tiene hechas. De ahí el paralelismo frecuente, aquí como en el Antiguo Testamento, entre *justicia y fidelidad* de Dios: Dios es justo en cuanto que obra conforme al compromiso que contrajo libremente de otorgar a su pueblo la herencia de Abraham". ¡Nótese cuánto dista este concepto bíblico de "justicia" del sentido que le dan muchos teólogos antiguos y modernos!

Ahora bien, si la justicia de Dios es el núcleo de la carta a los Romanos, entendida de esta forma realista que abarca toda la promesa hecha a Abraham, esa misma justicia podríamos decir que es el objeto del "evangelio" de Pablo en esta carta: "Pablo, siervo de Jesucristo . . . , escogido para la buena noticia (evangelio) que Dios había prometido por sus profetas" (Rm 1, 1s). Y un poco más adelante afirma: "Pues no me avergüenzo de la buena noticia (evangelio) que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree . . . , porque en él (el evangelio) se manifiesta la justicia de Dios" (Rm 1, 16s). Es decir, ya en su prólogo a los Romanos, Pablo afirma que la buena noticia o el evangelio es la justicia salvífica de Dios, en virtud de la cual todas las promesas hechas por los profetas —promesas

⁶ Los vocablos derivados de "evangelizar" se utilizan 26 veces en los Hechos; 91 en los escritos de Pablo; 13 en las llamadas cartas Católicas.

muy realistas e intramundanas, aunque trascendentales y escatológicas también— se cumplen fielmente en Jesús y su mensaje.

Por otra parte, como cerrando en un paréntesis maravilloso la misma carta, en el epílogo resume, con un himno cristológico, toda la dimensión del “evangelio” o “justicia salvífica de Dios”, añadiendo un nuevo término paralelo o sinónimo de “evangelio” que ampliará en la carta a los Efesios, el de “*misterio*”: “A Aquel que puede consolidarnos conforme a mi buena nueva (evangelio) y la predicación de Jesucristo: revelación de un misterio, mantenido en secreto durante siglos eternos, pero manifestado al presente. . .” (Rm 16, 25s). Nuevamente compendia el Apóstol aquí el contenido de su concepto de “evangelio”: Su buena nueva es la misma de Cristo, y se identifica con el mismo Jesús que, a su vez, es *la realización de un “misterio” de Dios*.

Pero sabemos, por Ef 1, 3-14, que el “misterio de Dios” es el plan estratégico y la realización del sueño optimista que Dios estableció gratuitamente, desde antes de la eternidad, para liberar (“en El tenemos la liberación”, Ef. 1, 7) a todos y a todo por Cristo Jesús, es decir, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra. ¿No es ésta la gran noticia que nos da Pablo, teologizando profundamente sobre el contenido del “evangelio” que es el mismo Jesús? ¿No es ésto lo que en la actualidad llama Pablo VI la “salvación, ese gran don que es la liberación de todo lo que oprime al hombre”? (EN, n. 9).

5. Conclusiones

Con lo dicho se podría confeccionar un manajo de conclusiones teológico-pastorales que podrían ser como el perfume de la mística evangelizadora cristiana, si queremos continuar siendo fieles al lema de Cristo: “El Señor me ha enviado a evangelizar a los pobres”. El lector seguramente ya habrá espigado lo que más le interesa. Por mi parte subrayaría gustosamente lo siguiente:

1º - La acción evangelizadora cristiana contiene un *realismo* mucho más profundo que aquel a que estábamos acostumbrados: “evangelizar” no es sólo predicar de cosas espirituales o una doctrina o ideología. Es proclamar, con signos y palabras, el acontecimiento histórico realizado por Dios en Jesús de Nazaret para implantar su Reinado de justicia salvadora del mundo. Y como por Cristo se anunció y realizó el evangelio, es prácticamente imposible el anuncio de la Buena Nueva sin la explicitación del Evangelio encarnado que es Jesús mismo. Cristo es el Evangelio.

2º - De ahí que “evangelizar” es para el cristiano, hoy día, como lo fue para Jesús, *instaurar el ideal de la Teocracia*, es decir, eliminar los obs-

⁷ Cfr. S. Lyonnet, “La Soteriología paulina”, en *Introducción a la Biblia*, II, Barcelona 1965, pp. 746-787.

táculos para que la presencia del dinamismo salvífico de Dios libere plenamente al hombre, haciendo que la humanidad se realice al estilo como Cristo quiso: superando todo aquello que al hombre le esclaviza, desde el egoísmo pecaminoso, pasando por las estructuras injustas, hasta llegar a eliminar la limitación misma creatural, creando un Hombre nuevo que llegue, en Cristo y a su estilo, a la madurez del hombre perfecto, es decir, la libertad. Pero como medio no se ve que Cristo sugiriera directamente un cambio de estructuras, sino de "corazón", es decir, la "metánoya" o concientización.

3º - Todo lo anterior implica que en la "evangelización" no caben escapismos ni *dualismos* camuflados de diversas índoles: no vale la dicotomía espiritual-material, alma-cuerpo, histórico-eterno, aquí-allá... Para que la salvación o liberación sea "total", debe incluir todas estas dimensiones. El reduccionismo a uno de los extremos sería privar al "evangelio" de la riqueza incommensurable que tiene. Liberar, en cualquier campo en que se haga, ya es "evangelizar" (cfr. Mt 25, 31-46), pero no es toda la evangelización, que por ser meta-histórica (en cuanto al punto de partida, que es gracia, y en cuanto al punto de llegada, que es escatológica) supera todo reduccionismo de nuestras categorías espacio-temporales.

4º - El "evangelio" es ante todo *Buena Noticia*, y no mala. Reducirlo a "profetas de desgracia", como afirmaba Juan XXIII, es olvidarse que la "denuncia", por muy importante que sea, vale menos que el "anuncio" positivo y alegre. Es claro que en esta línea estuvieron también los profetas clásicos de la Biblia. "Anunciar" la presencia salvífica de Dios en el mundo, en la historia y personas, con todo lo que ésto implica de dignidad e igualdad para todos los hombres en la práctica, y "denunciar" todo lo que opaca y asfixia (cfr. Rm 1, 18) la manifestación plena de esta presencia divina en el mundo es "evangelizar" y construir el Reino de Dios. Por ello la Buena Nueva debe suscitar la esperanza y el prudente optimismo cristiano: cuando el mensaje cristiano engendra miedo, tristeza, odio, pesimismo, etc., podemos estar seguros de que no se dan "buenas noticias", no hay auténtico "evangelio". Y mucho de ésto había en nuestra antigua presentación de las llamadas "verdades eternas", lo mismo que en ciertas formas de pregonar la "liberación".